



Aviso Legal

Artículo de divulgación

- Título de la obra: Rusia entre Occidente y Oriente
- Autor: Koudriavtsev, Alexandre P.
- Forma sugerida de citar: Koudriavtsev, A. P. (1998). Rusia entre Occidente y Oriente. *Cuadernos Americanos*, 5(71), 83-90.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año XII, Núm. 71, (septiembre-octubre de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Rusia entre Occidente y Oriente

Por *Alexandre P. KOUDRIAVTSEV*
Presidente, SEC, Rusia

EN FECHA RECIENTE Rusia cambió de manera considerable, todavía más, probablemente, de lo que nos parece. Se ha cambiado a sí misma y su posición en el mundo también se ha hecho bastante diferente, tanto en relación con el Occidente como con el Oriente. Por muchos siglos, incluyendo también el siglo xx, Rusia pareció un país aislado, imposible de entender, incluso misterioso y místico, donde todo era diferente a los otros países. No se reconocía en ella ningún rasgo del Occidente, y al mismo tiempo era imposible admitir que pertenecía al Oriente. En las ideas acerca de Rusia dominaba esencialmente la contraposición: Rusia y el resto del mundo. Muchos rusos también lo pensaban. Algunos porque estaban orgullosos del carácter original de su madre patria, otros por su desprecio hacia ella, el sentimiento de su carácter incivilizado y no europeo.

Hoy todo ha cambiado. Por primera vez en su historia de mil años, Rusia se ha convertido en una parte orgánica e integral del sistema político y económico mundial. Fue arrollada por el proceso de globalización y por sus rasgos tanto positivos como negativos. Hay un peligro esencial en ello. Rusia, seriamente dañada por la desintegración del imperio soviético, se ha convertido realmente en un “eslabón débil” de la civilización mundial. Por ello se ha expuesto, en mayor grado que las democracias más estables y tradicionales, a todas las amenazas dispuestas por la situación actual contra la comunidad mundial. Por un lado la globalización plantea a Rusia los mismos problemas que a otras potencias, y por otro lado —debido a su situación interna— Rusia a menudo reacciona a ellos de manera más aguda y penosa que muchos Estados europeos e incluso países del Tercer Mundo.

Del mismo modo que ocurrió frecuentemente durante los últimos tres siglos, comenzando desde la época de Pedro el Grande y Catalina la Grande, hasta la época de la “construcción del comunismo”, Rusia funcionó como una zona de experimentación histórica en la cual se reflejan con fuerza inusual procesos que ahora apenas pueden notarse en otras partes del mundo.

En esencia la Rusia de hoy es una suerte de “modelo” del momento actual del mundo. Sólo en ella podemos encontrar un conglomerado de naciones, culturas y confesiones comparable por su diversidad con la situación común a todo el mundo. Los sociólogos llaman a este ejemplo, donde las características cuantitativas permiten opinar sobre los cambios de los factores cualitativos, muestra representativa. Y Rusia es hoy, en efecto, un conjunto representativo de fenómenos, típicos del proceso histórico moderno con sus conflictos y compromisos de nuevo tipo, que aparecieron después del fin de la guerra fría.

Confiamos en que los trabajadores culturales de Occidente entiendan que el desafío histórico no ha desaparecido después de la caída del Muro de Berlín. La Cortina de Hierro, aunque desempeñaba un papel odioso, ayudaba a contener la situación de Rusia dentro del país, sin dejar que “goteara” en los países vecinos. Y en todo caso su existencia forzó al mundo democrático a prepararse para mantener el orden de cosas existente. La euforia, causada por la democratización de Rusia, no debe desmovilizar completamente al mundo democrático. Por el contrario, la democracia en Rusia requiere serio apoyo. Y el hecho no es sólo que necesite “inyecciones” de divisas fuertes, créditos o ayuda técnica. El apoyo moral es la cosa más importante, incluso no el apoyo, sino la influencia, que logre auxiliar en el establecimiento final de los valores democráticos, los derechos humanos y especialmente el avance del principio de diálogo en la política rusa, en vez de la confrontación.

Nos parece que no es exageración afirmar que la paz en Rusia significa la paz en todo el mundo. En todo caso, la paz en Rusia es uno de los factores básicos de mantenimiento de la paz en todo el mundo. Por cierto la paz en Rusia no puede ser mantenida o impuesta por algo o por condiciones políticas y económicas externas. El nuevo “mundo ruso” debe ser un mundo democrático, no traído a la vida por miedo a la violencia, sino proveniente desde abajo, surgido en virtud de aceptar que “la paz no es meramente una alternativa positiva a la guerra”, sino que es algo mayor, el estado de la sociedad y de su cultura, el nivel de la psicología pública y esencialmente del grado de desarrollo de la conciencia nacional.

Sin embargo, la posición de Rusia entre Oriente y Occidente complica en amplio grado el establecimiento de este “nuevo mundo ruso” estable y democrático. No podemos simplemente sintetizar lo mejor que logremos encontrar y entender en el Occidente y el

Oriente. El cruce de los rasgos de estos dos “universos culturales” en Rusia no tiene un carácter preciso, determinado o simplemente estructural. La mezcla de elementos occidentales y orientales crea en Rusia un efecto que representa simultáneamente a la “cultura de la ensalada” y la “sopa informática”, homogénea combinación de varias tradiciones. En Rusia es imposible encontrar un límite preciso entre el Occidente y el Oriente. Pasa a lo largo de un rodeo muy complejo, incluso extraño y caprichoso a través de toda la sociedad rusa, tocando todos sus rasgos, desde la política y el modo de producción, hasta la cultura y la autoconciencia nacional. Realmente el límite entre Occidente y Oriente se sitúa al interior de cada uno de nosotros, los rusos. Quizás uno de los rasgos más característicos de la cultura rusa tradicional consiste en ello. Y sin duda la literatura rusa clásica del siglo xix y especialmente la del temprano siglo xx lo atestiguan en toda su extensión. No sin razón en un famoso poema de Alexander Blok leemos: “Sí, somos los escitas, somos los asiáticos, con ojos oblicuos y ávidos”. Y más adelante: “Conocemos el infierno de una calle de París, y Venecia, fresca de agua y piedra, el aroma de limones en el calor meridional, las humeantes piras de la olinosa Colonia”. El gran poeta ruso se dirige a Occidente: “Detente, oh sabedor, como fue sabedor Edipo, y resuelve el antiguo enigma de la Esfinge. La esfinge es Rusia, exultante y llorosa, llorando lágrimas negras y sangrientas. Te mira adorándote e insultándote, con amor que se vuelve odio, y odio que se vuelve amor”.

Hoy una vez más, los rusos, como al comienzo del siglo xx, miran fijamente a Europa, aspirando encontrar ahí un ideal de civilización democrática y al mismo tiempo esperando encontrar en el “espejo de Europa” su propio reflejo, criterios de valores culturales. Ahora es más real que nunca. Pese a todas las sosegadoras normas del confucianismo y el budismo Zen que nos llegan del centro de Asia, es en Europa que los rusos ven un ideal moral y político. La política de la cultura nos llega de Occidente y es el pensamiento occidental lo que nos parece expresado por sus valores. La política de la cultura es percibida por los rusos como parte del “Occidente” dentro de nosotros. La herencia de la violencia soviética y de la ideología imperial nos parecen factores que se oponen al ideal democrático de Occidente, como si fuera nuestro Oriente interno (el Oriente que Rusia era considerada en la ideología de la guerra fría).

La confrontación de la democracia que se establece en Rusia y las tradiciones del despotismo, aún muy fuertes, tienen una dimensión más importante, la geográfica. Ante todo los mismos rusos son percibidos de forma distinta en los espacios del ex imperio soviético. Mientras en la occidental Ucrania las ideas de “ocupación soviética” aún permanecen vivas y la civilización rusa parece ante todo agresiva y opresora, en la parte oriental de la CEI la situación es aún diferente, aunque está cambiando con bastante rapidez. En esta parte del mundo, donde ya desde el siglo XIX los rusos eran constructores, inventores del nuevo nivel técnico y pilotos de la educación secular, maestros, científicos, académicos, profesores universitarios, ahí la gente aún no ha olvidado el papel educacional desempeñado en el Oriente por la *intelligentsia* rusa.

Y dentro de Rusia misma la situación es todo menos homogénea. La importancia de los centros históricos de la cultura metropolitana —Moscú y San Petersburgo— sigue siendo muy alta, probablemente es necesario decir que incluso demasiado alta. Los principales sucesos políticos y culturales todavía tienen lugar casi exclusivamente en San Petersburgo y Moscú. E incluso la tradicional dicotomía de estas dos ciudades está siendo claramente transformada hoy. Los procesos políticos se concentran en Moscú. Especialmente aguda es la situación en el área económica. Por ejemplo, la relación del volumen de las inversiones occidentales en San Petersburgo y Moscú es de 1 a 13 en favor de Moscú, y esta proporción no muestra tendencia a ser nivelada.

Durante los últimos meses se ha ido extendiendo la idea de que si Moscú es la capital política y económica de Rusia, entonces San Petersburgo es la capital de la cultura rusa. Este concepto es incluso popularizado por el gobierno. En particular, la administración de Cultura, el canal de televisión especialmente organizado, ha sido colocada en San Petersburgo. Sin embargo, es difícil decir si va a seguir siendo así. Demasiado fuerte es hoy la “atracción” económica y burocrática de Moscú. Es necesario, ciertamente, hacer justicia a San Petersburgo, amada apasionadamente por todos nosotros. Sí, la cultura rusa clásica, la cultura de la novela rusa del siglo XIX, la poesía rusa de principios del siglo XX, la arquitectura del clasicismo ruso y de los estilos históricos del siglo XIX, todo esto hace a nuestra nación conservar la memoria ante todo de San Petersburgo. Esta ciudad se ha convertido en una suerte de garante de la preservación de estos muy vitales valores de la cultura nacional.

Y sin embargo hoy, especialmente si comparamos a San Petersburgo con Moscú, parece una suerte de reserva, donde el pasado grande y perfecto aún existe, pero donde el ardiente pulso de la vida moderna está ahora latiendo. San Petersburgo es conciliadora y majestuosamente quieta. Moscú ruge y brama en su extraña y quizás fea y efímera, pero decididamente moderna cultura. Voy a dar sólo algunos ejemplos: junto a los grandes y bien conocidos museos de Moscú operan ahora más de tres mil galerías de arte independientes, hay doscientos grupos de teatro profesionales y aficionados. Durante los últimos años aparecieron unos cien periódicos, revistas y boletines nuevos, aunque es cierto que algunos sólo por pocas semanas para pronunciarse y desaparecer inmediatamente. Una nueva estación de radio aparece en Moscú por lo menos cada dos semanas.

Voy a decir también algunas palabras sobre la arquitectura. La ciudad cambia con increíble rapidez. Durante los últimos tres años se ha convertido realmente en una nueva ciudad. No estamos de acuerdo con muchas cosas, especialmente las que conciernen a la construcción en el centro histórico. Tenemos que luchar constantemente para establecer el uso de normas civilizadas, internacionalmente reconocidas, en arquitectura y urbanismo de Moscú. Y no siempre conseguimos ganar. Pero a pesar de todo esto no podemos dejar de ver el titánico dinamismo de los procesos que están teniendo lugar en la economía y cultura de Moscú. Está reflejado en un grado muy significativo en la vida política de la ciudad y de todo el país, e influye considerablemente la situación en las regiones.

Por cierto, la imagen del desarrollo regional en Rusia es muy variopinto y desigual, pero hay una regla. En lo que a la cultura se refiere, la mayoría se orienta a Moscú, cualesquiera que sean los fines nacionales o religiosos que los dirigentes locales proclamen. En política vemos una imagen distinta. La demostración de independencia en muchas repúblicas y regiones que están afiliadas a la Federación Rusa, el llamado "desfile de soberanías", todavía sigue. Es posible creer que no hay unidad política o que ésta es más bien floja e incierta. Pero la unidad cultural aún se mantiene firmemente y desempeña un gran papel. Es esta unidad lo que se convierte en una fuerza política significativa, debido al espacio informativo común centrado en Moscú, pero no sólo por eso. La hirviente y poderosa cultura moscovita moderna ejerce indudablemente una influencia estructuradora y centrípeta sobre la autoconciencia regional, que de acuerdo con su definición se inclina a ser centrífuga.

Esto hace la responsabilidad de los trabajadores culturales en Rusia considerablemente mayor que antes. La cultura sometió imperceptiblemente muchos aspectos del pensamiento de masas, incluyendo aspectos políticos. No sólo concierne a la sociedad, sino también a las élites políticas. En estas condiciones el llamado al diálogo, tolerancia, unidad, adquiere un sentido especial.

El ministro ruso de Asuntos de Nacionalidades y Relaciones Federativas, hablando de superar los numerosos conflictos regionales, acaba de enfatizar la importancia para Rusia del concepto de “culturas del mundo”. El libro de David Adams, *UNESCO and culture of the world*, editado en París hace dos años, ha encontrado alguna popularidad en Rusia. Los políticos rusos empezaron a citarlo. Enfatizan una de sus afirmaciones, a saber, que la finalidad de la cultura del mundo es la construcción de un mundo en el cual toda la variedad de culturas coexista en una atmósfera de mutuo entendimiento, tolerancia y solidaridad.

Es necesario decir que en este concepto hay, en nuestra opinión, un globalismo algo radical, que puede ser dañino en la actual situación. David Adams escribe en particular: “La noción de ‘el pueblo’ adquiere un carácter comprensivo, global, que no reemplaza otras nociones, sino que descansa sobre ellas —individuo, familia, comunidad, grupo étnico, nacionalidad”. De todos modos, a pesar de la fuerza aún creciente de lo que los científicos estadounidenses llaman “un libre flujo de información”, la cultura de la humanidad está muy lejos de la unificación, incluso al nivel de las categorías más generales. Es aún necesario para nosotros “persuadir” a varias culturas a “escuchar” a las otras, aceptar en toda su extensión la filosofía del diálogo que subyace a la política de la cultura profesada por nosotros, miembros de la SEC.

La cultura debe convertirse no en una herramienta de unificación, sino en una herramienta de preservación de la variedad entendida como el sistema balanceado de los valores políticos, filosóficos, comportamentales y por fin artísticos. Son la educación, la ciencia fundamental, todo tipo de arte y la cultura en general los que deben convertirse en una herramienta que ofrezca al sistema la conexión entre los grupos sociales y étnicos, en todas partes pero ante todo en la Rusia actual. Y deben ayudar no sólo a afirmar la estabilidad democrática dentro del país, sino también a contribuir a la legitimidad de su inclusión en el diálogo internacional de culturas y civilizaciones.

Desgraciadamente, en Rusia los mecanismos políticos y los dogmas de conciencia pública son todavía poderosos y neutralizan esto. Probablemente el Occidente aún no ha abandonado completamente las ideas sobre nuestro Estado como el “imperio del mal”. Dicho sea de paso, este concepto apareció mucho antes de la Revolución Socialista de 1917, ya hacia mediados del siglo XIX, por ejemplo, durante la Guerra de Crimea en Francia estuvo muy de moda. E incluso Carlos XII, el rey de Suecia, prometió proteger a Europa de los bárbaros de Pedro I. Los viejos prejuicios tienen larga vida. También existen ampliamente en nuestra Rusia. Ahora la idea de la “traición de Occidente” en relación con la nueva y “europeizada” Rusia sigue estando bastante “de moda” en círculos políticos conservadores de Moscú. Es sobre esto que los intelectuales rusos sollozaron tanto en época de la mencionada Guerra de Crimea, y especialmente después de la derrota del Ejército Blanco en 1920. Hoy podemos oír afirmaciones semejantes. Por ejemplo, el vicepremier del gobierno de la Federación Rusa, responsable de la aplicación de la ley y de las estructuras militares, el ministro de Asuntos Internos, en el artículo “No pertenezco al Partido de la Guerra” comparte obviamente la opinión de que las potencias del mundo occidental y la OTAN, tras haber destruido la URSS, van a dejar a los wahabíes y a otros fundamentalistas islámicos partir a Rusia en pedazos. Las palabras del ministro no eran probablemente muy sinceras. Más creíble es que intentaba, con dicha afirmación, llamar la atención del público mundial sobre el problema de Chechenia, quería que el problema checheno se viera desde el punto de vista de la desestabilización de toda la situación política en el Cáucaso septentrional y en Rusia en general.

Por cierto, es necesario estar de acuerdo en que Chechenia sigue siendo una herida fresca, dolorosa y peligrosa en el “cuerpo” de la nueva Rusia. Puede causar una “gangrena” política, cambios graves e irreversibles en el establecimiento de la frágil democracia rusa. Y al mismo tiempo es imposible ignorar los éxitos alcanzados. Pese a todo la paz ganó, aunque es una “mala” paz, pero una ruptura no es preferible a una paz en retazos, la paz sigue siendo paz, paz como un estado de no-guerra.

Todos nosotros entendemos que esto no es suficiente. Y es necesario trabajar duro por largo tiempo para cambiar la percepción de la condición de paz en la conciencia de todos los pueblos de Rusia, su élite política. Deberíamos trabajar para dejar claro que la paz no es una mera condición opuesta a la guerra, que la paz

no es “no-guerra”, no sólo una alternativa a la violencia. Todos éstos son como aspectos negativos de la paz, la negación del mal. La paz debe convertirse en un fenómeno positivo, una forma de cultura y la forma dominante de cultura. En la lengua rusa hay un concepto de “cultura universal”. Supone que cierto número de propiedades comunes, normas y modelos de cultura alcanzan un carácter global, reteniendo plenamente su esencia, esencia de cultura, sin disolverse en una coyuntura momentánea de la política mundial.

Incluso en la literatura rusa clásica del siglo XIX Tolstoi, Dostoievski, Vladimir Soloviov, soñaron con una cultura mundial, como una cultura del espíritu difundida sobre toda la humanidad. Partiendo de postulados cristianos, los trataron muy ampliamente, disolviendo diferencias regionales, étnicas y estatales en el sistema de valores panhumanos. En esta gran utopía rusa, que fue la primera de todas las utopías artísticas y literarias, hay sin embargo un presentimiento de las necesidades futuras del siglo XX, de unidad panhumana, de unión de individuos y naciones sobre la base de una “polifonía de conciencias”, como Bajtín dijo acerca de los “mundos” de Dostoievski.

Hoy, en vísperas del cambio de milenio, estas reflexiones siguen siendo acertadas y esenciales, después de haber pasado por la experiencia filosófica, política e histórica del siglo XX. Fundidas por el pensamiento occidental en las categorías de acción cultural, enlazadas con los conceptos de democratismo occidental en el sistema de la política de la cultura, hoy pueden aclarar la situación actual de Rusia, para promover una genuina conexión del pensamiento y los esfuerzos humanitarios del Occidente y el Oriente.

Traducción del inglés de Hernán G. H. Taboada